

JORGE EDUARDO EIELSON

Primera muerte de María



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

(1988)

CADA vez que José tejía una red, lo hacía sentado en la arena, con el peso de la cabeza hacia adelante, refrescándole el torso y echando un cono de sombra, que impedía los reflejos del sol sobre la aguja. Nadie lo oyó nunca pronunciar una palabra mientras tejía. En esos momentos, José parecía no existir en el presente, ni envejecer ni haber sido niño nunca. Mezcla de indio y español, vagamente se consideraba peruano, porque alguna vez había tenido unos papeles. Pero ¡hacia ya tanto tiempo de eso! Nacido en Puerto Nuevo, en la península de Paracas, el recuerdo de su mar, de su arena, de su cielo, perennemente estrellado, lo perseguía siempre. Desde hacía años, de acuerdo con Pedro, se había trasladado cerca de Lima, en busca de mayores recursos. Pero ¿qué cosa era Lima? ¿Esa playa interminable, sembrada de pescado y pájaros muertos? ¿Esa espantosa humedad que todo lo podría y lo llenaba de polilla? ¿Esos pobres hermanos suyos, cubiertos de arena, de harapos y de piojos? La última vez que estuvo en el centro, la arena —que ya había casi cubierto la Plaza de Armas y el atrio de la Catedral— chorreaba de los techos y penetraba en las casas a través de puertas y ventanas. El pescador reconoció el viejo Palacio de Gobierno y se acercó con timidez, como si temiera asistir a una remota fiesta, con damas y caballeros bailando un antiquísimo minuet, entre fastuosos candelabros y espejos dorados. Se sentía un mendigo a las puertas de una mansión principesca. Pero en el vetusto edificio no encontró sino enjambres de ratas hambrientas y, aquí y allá, montones de basura y osamentas de toda especie. Una secular higuera había proliferado en el jardín y sus troncos marchitos penetraban en las salas oscuras del Palacio. Centenares de huesos humanos yacían a sus pies, formando una suerte de pirámide que el pescador evitó con dificultad. Tropezando con muebles, cornisas, escombros, cortinas y demás restos de lo que fuera la antigua residencia de Pizarro, llegó a un amplio salón sumido en la penumbra. Trizas de arañas de cristal cubrían el piso de un rocío lumi-

noso y filudo. A duras penas, saltando por entre los vidrios, logró atravesarlo y se encontró en una interminable galería que era, sin duda, la más abrigada del edificio. Era allí que se refugiaban los mendigos, acurrucados contra las paredes y cubiertos por enormes banderas peruanas. Muchos de ellos morían de esa manera, sin que nadie se diera cuenta y sólo cuando el hedor era insostenible alguien arrastraba el fardo hasta el jardín y lo abandonaba a los pies de la higuera. Los cadáveres se amontonaban día tras día, pero nuevos pordioseros, vagabundos, delincuentes de toda especie, seguían llegando y cometiendo las peores fechorías a quienes, ya sin fuerzas, roídos por la enfermedad y el hambre, no podían defenderse. José no pudo contener una marejada de horror. Pero, casi inmediatamente recordó que ese lugar había sido siempre reino del crimen y de la más atroz corrupción y se alejó a grandes pasos, atravesando la entera galería y alcanzando el portón de salida. En la gran plaza cubierta de arena, la bella fuente de bronce casi había desaparecido y todos los edificios circundantes parecían deshabitados y como a punto de desplomarse. El pescador siguió adelante y desembocó en una calle desierta que, tiempo atrás, había sido una de las más elegantes y concurridas de la ciudad. Siguió caminando, hacia una ancha avenida al fondo de la cual otra ciudad lo esperaba: era la Metrópoli.

Criaturas de sexo indefinido transitaban dentro de lujosos automóviles, entraban y salían de villas y iascacielos rodeados de jardines, y su aspecto, sus vestidos, su manera de hablar y de moverse, todo era diferente. Todos estos hombres, mujeres y niños blancos, limpios y sonrientes, en nada se parecían a los pescadores, ni a las mujeres de los pescadores, ni a sus hijos. Y mucho menos a esos pobres desgraciados que poblaban el antiguo Palacio de Gobierno. ¿Eran éstos también sus compatriotas? ¿Asistían acaso a la procesión del Señor de los Milagros, como lo hacían él y toda su gente? José nunca antes los había visto. No podía imaginarlos vestidos de harapos, con una flor o un cirio morado en la mano, pidiéndole un milagro al Señor. ¿Qué podrían pedirle, además? ¿Acaso no lo tenían todo ya?

Lady Ciclotrón adoraba el color violeta. Color suntuoso de la penitencia. De la mortificación. Color maldito entre sus compañeros de oficio. Para la santa limeña, en cambio, había sustituido al glande rosado de Pedro, a la voz pausada de Roberto. El divino violeta la penetraba sin ruido ni dolor. Huellas patentes del éxtasis le quedaban todavía sobre los párpados y las uñas pintadas. Pero, si el mensaje nocturno de Lady Ciclotrón era oscuro y difícil como un orgasmo o como una entera procesión religiosa, el atuendo ceremonial era más que sucinto. Helo aquí, distribuido en orden de importancia.

vertir su casa en una verdadera tienda de antigüedades. Día tras día desaparecían tallas y telas coloniales, enteros armarios repletos de porcelana y platería inglesa, implacablemente convertidos en centenares de dólares que, a su vez, Roberto transformaría en alquiler, calefacción, comida, *boites de nuit*, mujeres, ocio. Sin que ni un solo pincel, ni un solo tubo de color pasara nunca por sus manos. Pero, doña Paquita, hija única ella misma, como su abuela, entendía muy bien a Roberto y sólo se preocupaba de su felicidad. A sus viejas amigas, cada vez más raras, a los pocos parientes que le quedaban y, sobre todo, a sus nuevas amistades —damas de origen extranjero, enriquecidas por el reciente auge de la industria cibernética nacional—, doña Paquita decía simplemente que estaba harta de esas vejezes, que había que renovarse, y otras cosas por el estilo. Se refugió en el jardín, entre sus rosas y sus ñorbos, sus claveles y sus dalias. En ningún otro lugar se sentía mejor, puesto que ella misma lo había cuidado hasta en sus mínimos detalles, dejando a Cristóbal el trabajo más pesado o francamente aburrido. Y ello iba de total acuerdo con su naturaleza floral, tan susceptible y propensa al desmayo. Una naturaleza frágil y delicada, como de orquídea, cuyas cansadas raíces se aferran, sin fuerza, a una tierra paulatinamente convertida en arena.

EL TRAJE DE SATÉN VIOLETA

MARÍA MAGDALENA PACHECO, en arte Lady Ciclotrón, comenzó a bajar lentamente la cerradura relámpago que le corría a lo largo de la espalda.

Nada tan cerca de su cuerpo y, al mismo tiempo, tan a la vista de todos como su traje de satén violeta. Verdadera segunda piel, ésta era el deslumbrante pasaporte del primero. Ya que no hay macho borracho, joven o viejo, que no sucumba ante el influjo de una suntuosa criatura. Todas las noches, después del show, escuchaba susurros oscuros. Promesas de amor. Aventuras románticas. Viajes espléndidos. Todo ello destilado en sus oídos como un dulcísimo, inútil veneno. Puesto que la diosa-serpiente contenía su propio antídoto doloroso: ella sabía muy bien que bajo tan tiernos vocablos, el cazador nocturno escondía un par de testículos repletos y desesperados. ¡Los labios y los ojos inteligentes de Roberto acaso no le habían hecho mil promesas?

Lady Ciclotrón dejó caer el vestido con parsimonia, con insondable desdén. La voz de Frank Sinatra se posaba entre sus labios cada vez que ella se detenía con la mirada fija en un rostro cualquiera. El traje de satén violeta era el último traje. No habrían otros después de él. Tenía once años cuando su madre la llevó a una tienda de chinos y le compró un vestido rojo con lunares blancos. Ella se lo puso sólo los domingos y le duró muchísimo. De vez en cuando su madre le ponía unos listones rojos en las trenzas, y entonces se sentía más bonita. Más completa. Más limpia. Hasta conversaba con los chicos del *callejón* y les daba la espalda sin miedo, para que admiraran sus lazos. Su primer traje violeta no fue, sin embargo, de satén, sino de percala. Su madre se lo compró para que agradeciera al Señor de los Milagros

que la había salvado de una pulmonía. El doctor había dicho que su estado era grave y su madre le rezó al Señor día y noche y le hizo un voto por ella. Durante años María Magdalena asistió a la procesión con el mismo vestido. Apenas le hizo algunos retoques en la basta y la cintura, a medida que crecía. Claro que ya no se lo podía poner, pero ahí lo tenía todavía, dentro de una caja de zapatos, envuelto en papel de seda, impregnado de recuerdos, de naftalina, de cera.

Conoció a Roberto el mes de octubre —mes del Señor, mes violeta de Lima— durante el cual se lo ponía diariamente. La sorprendió y la atrajo de inmediato su cara de Cristo, sus cabellos y su barba tupida. No pudo evitar mirarlo furtivamente, y él no la perdió de vista ni un solo instante. Había ido con su madre al templo de las Nazarenas a rezarle al Señor y ella lo sintió todo el tiempo a su espalda, observándola en silencio. Era la primera vez que un joven blanco y apuesto la miraba y la seguía con tanta insistencia. Terminada la oración, sujeta al brazo de su madre, se encaminaron a la casa. Roberto la siguió hasta su barrio. Una vez adentro, a través de una ventanilla, pudo verlo de pie, en la vereda de enfrente, a pocos metros del callejón. Fue entonces que ella, sin el menor reparo, aunque muerta de miedo, volvió a salir apresuradamente y se refugió donde el chino de la esquina, para comprar canela, según le dijo a su madre. Sólo durante el regreso, Roberto se le acercó resueltamente.

—Señorita, tenga la bondad: ¿cómo se llama esta calle, por favor?

El traje de satén violeta cayó al suelo y Lady Ciclotrón levantó los pies asqueada, como si los sacara de un odioso pantano. No faltaba nunca quien se lo pidiera a gritos, como un pordiosero pide las migajas de un banquete. Pero el traje, entonces, ya no era suyo. Ya no le pertenecía ese trazo in-mundo, transido de deseos masculinos. No se vestiría más nunca, aunque nunca se hubiera vestido realmente. Había cubierto su cuerpo, y nada más. Jamás pudo comprender esas láminas antiguas de ciertas damas limeñas que se vestían

completamente, dejando al descubierto tan sólo el ojo derecho. Las llamaban las tapadas y su recato y su pudor eran proverbiales, así como su gracia y su belleza. Pero ¿cómo apreciar estas dotes a través del sayo y el mantón? ¿No sería más bien una artimaña para mejor engañar al pobre varón colonial y católico, con un suculento matrimonio? Todas esas damas, antiguas o modernas, le daban rabia. Demasiadas miserias había visto ya bajo esos trajes. No, ella no se vestiría más.

—Avenida Rimac —respondió, con voz temblorosa.

Roberto siguió caminando a su lado.

María Magdalena aceleró el paso.

—¿Me permite que la acompañe?

—Siga nomás —respondió, sin mirarlo.

—Francamente, no quisiera molestarla.

Ella no abrió la boca. Siguió caminando.

—¿No podría verla otro día?

María Magdalena no sabía qué responder. Hubiera querido decir que sí. Mirarlo a los ojos. Abrazarlo. Estrecharse contra su cuerpo. Pero no dijo nada. Se alejó con rapidez, volteó la esquina y entró en el callejón.

Al día siguiente, él estaba de nuevo esperándola, en el mismo lugar.

La primera vez que se desnudó ante él, Roberto la contempló tendido en la yerba, sin ni siquiera tocarla. El vestido de niña yacía en el césped. Dibujaba un misterioso drapeado que se confundía con las flores y las plantas del parque, sumido en la oscuridad. Roberto se lo había pedido y ella no pudo contradecir a su deseo. Su pobre cuerpecillo temblaba sobre la yerba húmeda. Sintió en su piel el perfume de un pétalo de rosa. La suave brisa le dilataba los poros y sus pequeños senos saltaban de frío. Pero era completamente feliz, ante los ojos amados. No necesitaba más nada. No quería más nada. Aparte de esa primera desnudez, ¿qué otra desnudez po-

dría existir? ¿Quién otro sobre la tierra podría mirarla como la había mirado Roberto esa noche? Para la virgen adolescente, todo sería siempre virgen e inmaculado como entonces. En su miserable liturgia de todas las noches, ella no haría sino perpetuar ese purísimo instante.

El traje de satén violeta volvió a caer al suelo, definitivamente esta vez, dejando al descubierto su diminuto ombligo, su espalda y sus piernas sudorosas. Lady Ciclotrón dio media vuelta, con la voz de Frank Sinatra en la garganta, el llanto en la pupila. Apoyó el pie derecho en una silla e inclinó la cabellera hacia atrás, con las manos en la nuca: sólo la separaban del éxtasis tres pequeños triángulos violeta, dos en los senos y uno en el pubis. A sus pies, la multitud bramaba como un toro enfurecido.

26 de agosto de 1980

COMO TODA INVENCIÓN LITERARIA, Lady Ciclotrón adolece de un defecto: ella ha existido realmente. Yo la he visto en carne y hueso, he admirado su vertiginoso strip-tease, aun si dicha ceremonia no tenía lugar en el *California*, ni en ningún lugar del Perú, sino en París. No importa. Hubiera querido escribir sobre ella como si cantara. Hubiera sido un himno. Una letanía de Arturo. Un canto gregoriano. Es decir: sin acompañamiento (ningún otro personaje, ningún dato biográfico, ninguna historia), sin orquesta, sin arreglo. Casi sin palabras. Esto no me ha sido posible. Pero, si la he rodeado de gente, de personajes abyectos, de amores absurdos, de humillaciones, de palabras, es porque yo mismo —como Roberto y como Pedro, para quienes no fue sino un simple trofeo de caza, y más adelante, un emblema para uno, una úlcera para el otro— yo mismo nunca la comprendí. En la orgía verbal, ella siempre tomó la iniciativa, apareciendo y desapareciendo de la escena, apenas cubierta de satén violeta. Puesto que en su habitación de Malambo (o Menilmontant), no había ración que no estuviera lleno de flores. Violetas, naturalmente. Y, puesto que dicha habitación no era sino la continuación del escenario, la ceremonia continuaba en ella, ante los ojos ávidos de Pedro.

Pero, mi incompreensión —no sé qué otra palabra emplear— no es ciertamente casual. No. Mi incompreensión proviene de una antigua ceguera, de una suerte de curioso daltonismo que atribuye al color violeta gran parte de la desventura humana, de la adversidad y de la muerte. Y, puesto que todo en ella era violeta —color maldito entre sus compañeras de oficio— ¿cómo exorcizarlo sin recurrir a él una y mil veces? Que ella lo supiera desde siempre, no cabía la menor duda. En su tocadiscos violeta, la voz de Frank Sina-

tra, voz violeta por excelencia. En su fastuosa mesa, de mantel y copas violetas, picarones y chicha morada. En su im- posible lecho de baldaquín dorado, sábanas y tul violetas. Y, sobre todo, en su miserable existencia de niña mulata y sin esperanza, un solo orgasmo seguro: la violación de Pedro. Así, niña violada y violeta, María Magdalena era la desespe- ración hecha mujer, la pureza de la Ostia Negra y el Vino Púrpura de los Anacoretas. Lo opuesto a la descomposición y el cálculo, su corazón era un torbellino, su sexo, una revolu- ción. Demasiado inventada. Demasiado violeta, para que yo, ni nadie, pudiera comprenderla.

¡Qué tal huevón! Nunca entendería nada. Era más terco que una mula. Mil veces le había dicho que el mar estaba jodido. Pero nada. Se sacaba la mierda por las puras. Y ese cojudo de Ezequiel, que lo metía en política y lo salaba más todavía. ¡Qué tal, raza! ¿A quién quería joder? ¿A los blancos? ¡Estaba fregado Ezequiel! A quién se le ocurre ir donde el Ministro, si el Ministro no era nadie. Había que ir más arri- ba para encontrar algo. ¡Y el huevón de José que le hacía caso! No le importaba un pepino, pero José era su compadre y si seguía pescando se enfermaría. ¡Qué mierda! ¡Allá él! El pe- llejo era suyo. ¿Y María? Pobre muchacha, se le veía tan flaca, seguro que ya estaba enferma también ella. El mar los ma- taría a todos. Era una peste de la granputa, que ni a su madre perdonaba. Él por su parte no tocaba pescado ¡ni tonto que fuera! ¡Y eso que le gustaba, y cómo que le gustaba! Hasta crudo se lo comía, sin limón ni nada. Apenas pescadito, sin tocar tierra, ni manos de cristiano. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ahora no. Por eso le daba pena su compadre. Lo había ayudado como podía, le había prestado plata. Eso no le importaba, pero ya no podía. ¿Qué culpa tenía él, si no en- contraba trabajo? Por eso prefería casi no verlo. Ni a él ni a María, pobre muchacha. De María Magdalena se alejó por otro motivo. Era buena la negra. Toda corazón. Había sufrido mucho porque era morena y se enamoró de un blanquito de mierda que la plantó para siempre. ¡Desgraciado! Ella traba- jaba duro y ganaba buena plata porque era una artista. ¡Claro que era bonita y tenía buen cuerpo y eso la ayudaba. ¡Buen lomo era la zambal! Pero a quien dijera que era una mu- jer mala le rompería el hocico. Porque no era verdad, ella no era así. María Magdalena bailaba y se ponía calata, es- cierto, pero no le hacía caso a nadie. Pensaba sólo en ese blanco cojudo. Era más seria que una monja. Pero la gente era mala. La gente no entiende esas cosas. Green siempre que todas las bailarinas son putas. Por un rato se apegó a ella. Tanto le gustaba y la consideraba. Pero, francamente, de verdad

11 de septiembre de 1980

PERO, QUÉ ES LIMA para mí, hoy, se me preguntará. He aquí una respuesta: nací en Lima de casualidad, como he podido nacer en Pekín, Roma o Iquitos. No me liga a mi ciudad natal sino un recuerdo borroso como su *garúa* y su neblina, y una infinita abulia, seguramente generada por la esterilidad de su paisaje. Aparte el desierto —que comienza a ser paulatinamente bello a medida que se aleja de la ciudad— sólo recuerdo la arena de la Herradura y las continuas olas y las piedras ruidosas de Miraflores. Mis pocos afectos familiares son igualmente tibios y tranquilos como el clima, y los dos o tres amigos que allí me quedan, sinceros y permanentes. Una suerte de *tabula rasa*, una horizontalidad, una discreta sonrisa geográfica —el mar que lame sus flancos— han hecho de la anémica Lima una suerte de limbo. Nada sobresale de la chatura dominante, nada detona ni desdice —aún hoy— su pequeño abolengo español, con aires de gran ciudad y alma provinciana. La palabra de orden es: suavidad. Suavidad: tu nombre es limeño. Todo es suave para la señorita de buena familia, como para la *huachafita* de barrio. Suave es la Avenida Arequipa (entre San Isidro y Miraflores) y el turrón de Doña Pepa. Suave, más aún, *suavecito*, el mar de Agua Dulce (reino de la tifoidea y los transistores) y la voz de Carmenita. Suave es el Señor de los Milagros y los frijoles con arroz. El paraíso natural de todo buen limeño es la suavidad y, hasta la misma muerte, en semejantes condiciones, no puede ser sino suave: una manera como otra de irse muriendo poco a poco, como quien cuenta hasta diez, veinte, cien, diez mil, y aleja cada vez más la pálida fecha.

Sin embargo, para mí que nací exiliado y moriré exiliado, porque el exilio es mi estado natural, geográfico, social, afectivo, artístico, sexual, Lima no es una ciudad para vivir sino,

al contrario, un lugar ideal para morir: un cementerio. En ningún lugar creo yo, la presencia de la muerte es tan palpable y persistente; en ninguna otra ciudad, su mano enjoyada nos invita, a cada paso, con tanto cinismo, tan exquisita seducción. La población subterránea de Lima es otra invisible metrópoli de huesos que duplica la ciudad visible. Cráneos y esqueletos prehispánicos, a varios metros de profundidad, aderezados de plumas, mantos y collares, soportan el peso de otros cráneos y esqueletos de capa y espada, sayo, sotana y crucifijo. Si bien la muerte, como la gripe de triste memoria, siempre ha sido española, su versión limeña resulta quizás menos filosófica, pero mucho más chistosa y presumida. Nada que hacer tampoco con la muerte mexicana, alegre y bulliciosa, siempre dueña de la fiesta, populachera. No. La muerte limeña ¡no faltaría más! es una dama callada, distinguida, dignamente ataviada, aunque muy venida a menos, gracias a la proliferación de los temblores, asesinatos indiscriminados y accidentes de tráfico, que todo lo confunden. Ya no hay religión. Hasta los gallinazos planean alto y los pericotes y la polilla retroceden ante el avance de productos que cualquiera puede comprar en la botica. La televisión, además, es una peste en colores, un pequeño ataúd de 22 pulgadas, la muerte catódica para los amantes de la tertulia familiar, y de los noviazgos a la antigua. En cambio, eso sí, Lima ha crecido mucho. Hay de todo. Desde caviar danés hasta revistas porno. Barrios enteros y rascacielos crecen a vista de ojo, sin miedo de terremotos, bancarrotas ni golpes militares. Las arenas movedizas son fascinantes, peligrosas y seguras a un tiempo, porque prometen lo imposible y, si las cosas van mal, no queda nada ni nadie para contarlo. Es ya bastante. Pero, volviendo a la arena, demás está decir que ella es mi aliada, mi única, vieja amiga limeña. Ella ha sido, durante mi breve infancia (casi no la recuerdo) y mi larga adolescencia plañidera, el gozoso escenario de mis juegos marinos, gimnasio natural de mis primeros músculos, mi primera *paja*, mis primeros versos (escritos en la arena), que ni las olas ni el tiempo han borrado todavía.

Si algo añoro de Lima es, pues, ese lado suyo, cálido y

salobre como la arena: un calor que las amistades de entonces nunca pudieron darme, y un precario amor sin olor ni sabor, un estrellado recuerdo de juventud y de lágrimas junto al mar.

Sólo más tarde comprendería que esa misma arena —siempre hollada por la planta de mis pies y mis versos de niño— era también un inmenso lienzo tendido sobre la faz dorada de mis antepasados.

Todo esto para explicar, a la vez, mi alejamiento y mi secreta pasión por la ciudad: muy grande el primero. subterránea la segunda, en inestable, dolorosa contradicción. A las insipidas, muchas veces cómicas, veleidades de la superficie, a la inconsistente ciudad colonial, opongo la fulgurante majestad subterránea: templos, reinos y ciudades sepultadas bajo una estéril cáscara de polvo, bajo el obtuso oropel hispano, hoy convertido en cemento, harina de pescado, frustración, patética soberbia.

LOS ZAPATOS

VERDADERAS armas metálicas en su batalla nocturna, los zapatos de taco altísimo servían a Lady Ciclotrón para defender el resto de su cuerpo. Para alejar el hambre y la sed. Para desaparecer —cuando fuera necesario— por sobre la multitud de machos en celo. Para alejarse tranquilamente, sobre un hilo de oro que la transportaría más allá de toda lujuria, de toda miseria, de toda abyección.

La muchedumbre lanzaba gritos, silbidos, exclamaciones de júbilo. Lady Ciclotrón temblaba. Misteriosas vibraciones iradiaban de su cuerpo, que hacían enloquecer a la concurrencia. Pedro, el macho idolatrado, o aquel que había tomado su lugar, ya no era sino una inútil herramienta. Ya no necesitaba de él. Podía bastarse a sí misma y se mojaba muchísimo entre las piernas sin necesidad de nadie. Gozaba como una loca. Sólo pensando. Pensando. ¿No lo amaba más entonces? ¡Claro que sí! Pero quería que le hiciera regalos, que la llevara al cine, que le contara cosas bonitas, como lo había hecho Roberto, paseando por la Avenida. ¡Pero sin que sucediera lo mismo que entonces! Cada vez que lo recordaba le venían ganas de llorar. Roberto le había dado cita en el Parque de la Reserva y, poco a poco, sin darse cuenta se habían ido caminando hasta la Avenida. Roberto le hablaba de pintura y de sus deseos de hacerle un retrato. Y ella caminaba feliz a su lado, esperando que él la invitara a posar. Pero él decía que tenía que esperar, aún no se sentía preparado. De eso hablaban, cuando de pronto un automóvil sport frenó bruscamente ante ellos, dándole un gran susto. “¡Roberto! ¿Qué haces por aquí?”, preguntó una pareja de jóvenes en traje de baño. “Nada. Paseaba...” “Sí, claro, se ve muy bien que paseabas. Nosotros venimos de la playa. Hace tiempo que no te vemos. Estás pálido...” “¿Qué estás haciendo?” “Tengo que estudiar.” “¿Tu pareja, en cambio, debe

tomar mucho sol. ¡Parecen la noche y el día! *Night and day!*" Y soltaron la carcajada. Roberto se quedó mudo. Y ella hubiera querido desaparecer, morirse allí mismo. Pero ni siquiera le habrían dado tiempo para ello, pues los jóvenes se despidieron a toda velocidad. Desde esa vez, Roberto no le dio más citas en el Parque, que a ella le gustaban tanto. Prefería atravesar el río e ir a buscarla a su propio barrio. Por temor a encontrarse con alguien, vagaban por las calles oscuras de Malambo hasta muy tarde. Ella se cansaba mucho. Los pies le dolían, pero no se atrevía a decir nada. De vez en cuando llegaban hasta la Alameda de los Descalzos, y allí —en un irónico ritual— se los quitaba finalmente y los arrojaba lejos de ella. Nunca le gustaron los zapatos. La primera vez que se los puso, tenía ya siete años y fue una cosa horrible. Su madre tuvo que castigarla para que no se los quitara. Pero no se acostumbró nunca. Quizás por eso no fue proselitista. A Roberto, mientras tanto, lo veía siempre menos. Hasta que un día le dijo que salía de viaje a estudiar pintura en Europa y que, naturalmente, le escribiría. Nunca más supo de él.

Lady Ciclotrón lanzó los zapatos de taco altísimo como dados envenenados. Primero uno, hacia el cielo raso lleno de humo. Después, el otro, con movimiento del tobillo, hacia la platea enfurecida. Se sentía mejor ahora. Se acarició los pies desnudos. Un delicioso hormigueo le subía por las piernas. No se oía ni una mosca. Ni la respiración de los hombres. Ni silbidos ni insultos. Ya no había nada en torno a ella. Ni reflectores, ni música, ni público. Le era imposible sofocar la risa cuando Roberto le tocaba los pies. El cosquilleo la asfixiaba; la llenaba de felicidad. Él jugaba con ellos como un niño. En la oscuridad de la Alameda, sólo las estatuas tenían los pies desnudos. Las estatuas y ella. Aunque ella era la única que se reía de sus pies.

17 de septiembre de 1980

EN EL VERANO DE 1960, una luxación del tobillo derecho me obligó a completo reposo durante treinta días que, con el correspondiente proceso reeducativo, se convirtieron en sesenta. Durante esa inmóvil espera comencé a vislumbrar una remota historia de pescadores en los desolados desiertos de la costa peruana, de la que siempre fui tenaz enamorado. En un primer momento, el asunto contaba poco. Lo que más me urgía —o así me parecía— era la representación del paisaje por la palabra.¹ Pero sin caer en la simple descripción, ni en el puro lirismo. Era una suerte de desafío que yo me hacía a mí mismo, acostumbrado, como estaba, digamos así, a una cierta facilidad para la escritura. El resultado, como lo constato ahora, no podía ser peor. Sin embargo, no es mi intención hacer una autocrítica del viejo texto, ni mucho menos justificarlo. Si la razón de ser de su escritura —aludo aquí a su motivación inconsciente— siempre se me escapará, lo que sí está claro para mí, hoy día, es la función del exilio, o

¹ Sólo más tarde comprendí que los materiales que yo necesitaba para ese añorado texto, no eran las palabras. Es decir, no eran los personajes (aunque ellos deberían regresar más tarde, reducidos a simples vestidos), ni los sentimientos ni las circunstancias que los movían, sino simplemente los colores, el espacio, las texturas. Pero, sobre todo, el espacio, puesto que era el espacio —el elemento más sutil del paisaje— el que rodeaba, en un estéril abrazo, la ciudad en que nací. Paraíso e infierno, pero única grandeza permitida a los limeños, era también su dimensión más secreta, era el silencio de las dunas al atardecer, eran los juegos de la sombra y de la luz sobre el territorio amado. Era la arena del desierto. Era el desierto a secas. O, en su defecto, un pedazo del mismo. Un fragmento de territorio. Una sucesión de fragmentos. Una infinita cadena de fragmentos de mi memoria, convertida en "materia pictórica", que conformarían ese paisaje virtual que las palabras nunca podrían devolverme. Y poco importaba que tales fragmentos fueran bellos o no, que cada uno de ellos respetara ciertas normas de equilibrio y armonía, por lo demás no siempre presentes en la naturaleza. No. Lo que me importaba era su *verdad*, y ésta no podía estar encerrada en un solo fragmento. Porque no era la belleza de una

como quiera llamársele. A él debo esas páginas, esa visión corregida y aumentada de la desventura peruana, que entonces habría parecido excesiva y que hoy, desgraciadamente, casi coincide con la realidad.

Cuando salí del Perú rumbo a París, tenía algo más de veinte años y mis intereses más urgentes, mi única pasión eran la poesía, el arte, la literatura. París, en 1948, en plena posguerra, era una urbe trágica y deslumbrante, un inagotable manjar para los sentidos en un mar de inteligencia. Yo vivía entre precarios *café crème* y cuadros de Picasso, entre Rimbaud y Charlie Parker, existencialismo y *blue-jeans*. Fueron años de aprendizaje irreverente, de privaciones materiales, de descubrimientos importantes. Hasta que encontré a Giulia, abandoné París con los ojos húmedos —pero finalmente abiertos— y me instalé en Roma. ¿Qué había sucedido? Una sola cosa, extraordinaria y sencilla a la vez: el amor de Giulia me había descubierto a mí mismo. Su curiosidad y su temura me fueron revelando, poco a poco, mi verdadera naturaleza. Fueron sacando a la luz, en una profunda, erótica arqueología de mis sentidos, de mi memoria, de mis más secretas pulsiones, todo lo que en mí había de diverso, de extraordinario y de nuevo para ella. Y esa diversidad, que tanto la fascinaba, era mi ser latinoamericano. Así como yo buscaba en ella su naturaleza mediterránea y en sus rasgos

duna, de un declive, de una piedra, de un reflejo, de un matiz amarillo, ocre, rojizo, lo que había saturado mi memoria, lo que se había vuelto objeto de mi veneración, sino el hecho de pertenecer a ese espacio, a ese instante, a ese ritmo, a esa luz, a ese inefable latido en donde el misterio interior se confunde con el misterio de la visión externa, en donde el tiempo cesa de transcurrir para volverse una elipse y encerrarnos en la indeterminación. En lo eterno. Como en todo amor que vive sólo de recuerdos, las partes más humildes del ser amado, sus prendas de vestir y hasta sus residuos, pueden suscitar connoción, así con el desierto, cada pedazo de roca, cada matiz de la arena, cada grieta, eran significativas para mí, porque formaban parte de ese paisaje total perfectamente presente dentro de mí. Por todas estas razones decidí rescatar, con la sola ayuda de mi memoria, toda la extensión costera, fragmento por fragmento, y ello a lo largo de toda mi existencia, no importa cuál fuera el desarrollo paralelo de mis demás actividades. A esta virtual epopeya —que culminará tan sólo con mi propia desaparición— la he denominado el “paisaje infinito de la costa del Perú”.

de madonna veneciana adoraba a Carpaccio y Bellini, o le pedía que me hablara en su lengua para escuchar a Dante y Virgilio, de la misma manera Giulia buscaba en mí las huellas de una cultura desaparecida, de un cuerpo y un sentir desconocidos para ella. Nuestro amor era, pues, el encuentro y la revelación de cada uno de nosotros. Con una diferencia: ella sabía quién era ella y su placer consistía en mostrarse plenamente, en entregarme su cuerpo y su alma. Yo, en cambio, nada sabía de mí. Mi condición de eterno colonizado me lo había impedido. Comenzó desde entonces mi aprendizaje de peruano, de latinoamericano que, naturalmente, aún no ha terminado. Que no terminará nunca.

LAS MEDIAS

TAN SÓLO unos minutos, entre un zapato y otro, y las sutiles medias se desprendieron de sus piernas, como la cáscara de un fruto. Una después de otra, es decir, entre una caricia y otra. Esperando siempre una señal favorable, un solo instante de amor verdadero. Siempre e irremediablemente en vano. ¿Qué le importaba entonces si, noche tras noche, sus cansadas piernas ya no le servían para caminar? Demasiado había caminado ya. Sus muslos eran sólidos y tersos. Flexibles sus rodillas, sin el más mínimo pliegue. Suaves, como husos de seda, sus pantorrillas. Y a cada paso que daba, sus piernas —sus magníficas piernas— se transformaban en música, eran la música misma. Durante el baile, Roberto la tomaba por el talle, la miraba a los ojos, le estrechaba la mano sudorosa. Pero, sobre todo, sentía sus propias piernas, y las de Roberto. Un vertiginoso remolino de piernas que se juntan, se separan, se vuelven a juntar, se acarician, se palpan, se entrelazan. Roberto apretaba sus fuertes muslos nerviosos contra los suyos. Sentía su calor masculino, su aliento de menta y tabaco rubio, la punta de su rodilla empujando con suavidad el triángulo oscuro de su sexo. ¿Qué cosa eran entonces las medias, sino cadáveres de nylon transparente, el fantasma violeta de sus piernas de carne?

Lady Ciclotrón se reclinó en el diván con una pierna alzada hacia el cielo y la acarició lentamente, rabiosamente, como si en lugar de las medias debiera quitarse la piel. Ni Pedro ni Roberto la habían visto nunca así. O, mejor dicho: no vieron nunca sino su cuerpo, uno; su desamparo, el otro. Pero jamás esa región misteriosa de sí misma en la que, vestida o desvestida, con medias o sin medias, ella seguía siendo María Magdalena Pacheco, hija de doña Nieves Pacheco, de padre blanco, desconocido, niña mulata y sin futuro.

Lady Ciclotrón sonrió entre dientes mientras se quitaba

una media primero, la otra en seguida, batiendo las piernas hacia arriba en un rápido aleteo, como de cisne manchado. Cada vez que lo hacía, le venían unas terribles ganas de llorar, pero siempre las lágrimas se le congelaban en los ojos. Y en cada una de esas lágrimas, convertidas en esferas transparentes, veía toda su infancia, como en un calidoscopio. Aunque nada de lo que allí veía la hacía feliz. Salvo su pobre madre, siempre lavando la ropa en el *callejón*, o cocinando para los blancos, con esa misteriosa sonrisa que le iluminaba el rostro y convertía su pobreza en una fiesta.

Haciendo un último esfuerzo, Lady Ciclotrón levantó un brazo y lanzó las medias a la multitud. Una después de otra, las membranas de seda flotaron en el aire y descendieron en graciosas espirales sobre la cabeza de los hombres.

Casi todos los domingos en la tarde, José llevaba a María a la Metrópoli. Él, con su camisa remendada. Sus pantalones estrechos. Ella, con su absurda delgadez. Sus cabellos en desorden. Su vientre prominente. José corría por las calles, como un chico. La arrastraba de kiosco en kiosco. De vitrina en vitrina. De cine en cine. De pronto se encontraron ante un enorme cartelón. ¿Cómo casarse con un millonario?, con Marilyn Monroe. “¿Entramos?” “¡Estás loco!” “¡Es muy caro!”

(Marilyn Monroe exhaló una sonrisa y agitó la cabellera fluorescente antes de sumergirse en la piscina de agua esmeralda. Bajo un cielo en *technicolor*. Nadó hasta el lado opuesto, en donde la esperaba un musculoso personaje, con una copa en la mano. Marilyn surgió del agua y humedeció apenas los labios en el dorado caliz. Bajo el sostén henchido, los grandes senos le rebosaban de una insolente, californiana salud. José bajó la vista y observó la mano de María, tenazmente aferrada a su brazo. José la acarició tiernamente. Ella no era de película, pensó. Echó una mirada por la sala en penumbra y observó la cara de los espectadores: nadie perdía un solo movimiento de Marilyn. La inmensa criatura rubia se movía ante ellos con la gracia de una gata. Siempre en deslumbrante *technicolor*. Sus enormes labios pintados se abrieron en una sonrisa de porcelana, mientras sus ojos se cerraban en un brusco movimiento de cabellos hacia atrás. Descansó un instante sobre la perezosa a rayas verdes, amarillas, naranja, y ante la apremiante corte del atleta, se zambulló de nuevo en la piscina. Nadó lentamente bajo el agua. Moviendo los brazos y las piernas sobre la cabeza del público. Luego recorrió toda la platea llena de humo. Susurrando apenas, con su voz de niña, el estribillo de *Diamonds are the girl's best friends*. Algunos espectadores se habían puesto de pie y trataban de tocarla. Pero la sirena se deslizaba siempre hacia el extremo opuesto de la sala, con un simple movimiento de los pies.

Fue entonces que, ante el asombro de José, el cuerpo bronceado de Pedro penetró en el agua con una perfecta zambullida y enlazó a Marilyn por la cintura. Nadaron así algunos segundos, para terminar luego estrechamente abrazados en un largo beso acuático. Con las letras de la palabra FIN impresas en las rosadas nalgas de la estrella.)

19 de septiembre de 1980

EN 1962, DOS AÑOS después de la escritura del pasaje anterior, Marilyn Monroe se suicidó en su casa de Hollywood. Por entonces yo llevaba adelante mi trabajo pictórico, incrementando la serie matérica sobre el "paisaje infinito de la costa del Perú". Entre mis manos pasaban arena, tierra, piedrecillas, pigmentos, limaduras metálicas y hasta, más de una vez, excremento animal. Fue en ese mismo año, precisamente, que desembroqué en la manipulación de las prendas de vestir (que más tarde me llevarían al simple anudamiento de los textiles de colores, que yo llamé "quipus", en homenaje a los antiguos peruanos). Surgieron así personajes absortos, o más bien restos, despojos de los mismos. Criaturas usadas por el tiempo, la erosión, las pasiones, la perfidia humana. Hilachas de una tragedia de trazo. Larvas de lana y algodón, de terciopelo y de seda. Fragmentos de esqueletos semienterrados en el desierto lunar de la costa peruana. Y miserables ejércitos de *blue-jeans*, de camisas harapientas, manchadas, quemadas, sudadas. Y sostén-senos, medias, blusas, calzones, zapatos. De entre todo este triste, melancólico bazar de residuos urbanos, no podía surgir sino ella: Marilyn Monroe, la muerta de hambre de amor, la suntuosa paria del ensueño prefabricado. La realicé en blanco y negro: una fotografía, en escala natural, de su rostro, un sostén-senos que arranqué de un largo traje de satén negro, relleno y pegado sobre el plano de la tela; y el resto de su cuerpo, hasta la cintura, pintado sucintamente, como una sombra, sin contorno ni volumen, como las temblorosas imágenes del cine mudo. Mi visión de Marilyn muerta fue, pues, la de un espectro de celuloide. Lo exacto contrario a la solar criatura que tanto adoré. Y que siempre consideré de carne y hueso: Sus enormes labios pintados se abrieron en una sonrisa de porcelana, mientras

sus ojos se cerraban en un brusco movimiento de cabellos hacia atrás. ¿Cómo no identificar este gesto con una suerte de coqueteo, de premonitorio *clin d'œil* a la muerte? ¿Y cómo no reconocer en el cuerpo bronceado de Pedro que penetra en el agua y la enlaza por la cintura, al pescador muerto en las aguas del Pacífico? La piscina de agua esmeralda es solamente una constante fúnebre: son las aguas del Hades. Como lo atestiguan claramente las letras de la palabra *FIN* impresas en las rosadas nalgas de la estrella.

Siguieron caminando. José no soportaba la Metrópoli. María tampoco. Pero, de vez en cuando, necesitaban alejarse del mar. No mirarse tanto en el mismo espejo. Caminaban entre millares y millares de personas aplastadas las unas contra las otras. Criaturas momificadas por el calor y el número. La arena crecía en ondas siempre mayores en torno a ellas. El asfalto caliente. Los muros derruidos. Las palmeras polvorientas. Todo daba sed. "¿Quieres un helado?" Ella no respondió. "Por lo menos un helado ¿no?" "Deme uno de fresa y otro de limón." "No te preocupes. Ya verás." "El próximo año ganaremos un montón de plata." Sorbían el helado lentamente. Gosando el placer con avaricia. Haciéndolo durar lo más posible. "El chico nos ayudará mucho." "Estoy seguro que será hombrequito." "¡Apenas dé los primeros pasos me lo llevo a pescar!" "Para que aprenda desde muchachito." "¡Y para que sea fuerte como Flash Gordon!" Le gustaba mucho el superhombre de papel y tinta. Sus aventuras lo llenaban de euforia. Quizá lo prefería al Señor de los Milagros. Aunque le dijeran que no era sino un dibujo para niños. ¿Acaso el Señor de los Milagros no era también un dibujo para grandes? ¿Qué gran diferencia era ésta? Flash Gordon era mucho más moderno. Tenía, además, una fuerza y una inteligencia fenomenales. ¡Cuántas veces había salvado a su novia! A sus amigos. A sus mismos semejantes en peligro. Por ejemplo, cuando los Hombres Violeta, a bordo de una incandescente astronave, surgieron del mar y se apoderaron de la Metrópoli. ¿No era cierto también que Manco Capac

y Mama Ocho habían fundado el imperio de los incas surgiendo del lago Titicaca en un carro de fuego? Así decía la historia. Probablemente los Hombres Violeta, provenientes de las estrellas, se habían refugiado en el fondo del mar para no atraer la atención. Lo cierto es que, una de esas noches se apoderaron de la ciudad. Las calles se llenaron de extraños seres violeta, con los ojos luminosos. Toda actividad quedó paralizada. Un ruido sordo, atravesado por silbidos intermitentes y vagos tambores, llenaba el aire. Sin abrir la boca —que quizás no tenían— los Hombres Violeta habían anunciado la llegada de un dios sobre la tierra y se habían reunido en una plaza, en espera del milagro. Muy tarde ya, los edificios se cubrieron de reflejos dorados y el extraño ruido aumentó paulatinamente, hasta que una suerte de esfera llamante, con un halo celeste, comenzó a materializarse en el centro de la plaza. Los Hombres Violeta se arrodillaron en silencio e inclinaron la cabeza. Mientras leía esto, José no había podido evitar comparar tales hechos —ciertamente inventados por el autor— con la procesión del Señor de los Milagros. Naturalmente, en la ficción las cosas salían mejor. En efecto, cuál no sería la sorpresa de los Hombres Violeta cuando, sobre el techo de un edificio que daba sobre la plaza, apareció el superhombre y comenzó a lanzar rayos mortales sobre la esfera. Ésta comenzó a vacilar, su luminosidad disminuyó poco a poco hasta apagarse por completo y dejar al descubierto una especie de huevo membranoso con una horrenda criatura en su interior. Un ser diabólico, sin duda, que habría dado orden de destruir a los humanos. La criatura era una masa informe, como de materia gelatinosa, atravesada por millares de nervios, filamentos y venas que le daban el aspecto asqueroso de un tumor o un cerebro. Los rayos de Flash Gordon acabaron con ella, y una horrible pestilencia se extendió por toda la plaza. Ante semejante cosa, los Hombres Violeta desaparecieron como por encanto y, unos minutos después, una astronave incandescente se elevó sobre el mar y desapareció en el espacio.

José sorbió el último resto de helado, ya casi derretido. Si guieron caminando. “Ya llegamos” —dijo. “Mira cuántas flores.” “¿Te gustan?” “Claro. En el mar no hay flores.” Se sentaron en una banca, debajo de una pérgola. El jacarandá, el jazmín del cabo, la madreselva, derramaban su perfume en el oasis. Grupos de geranios reventaban aquí y allá. Y entre los laureles rosados, surgían chorros de agua fresca. Escalinatas. Colinas. Columnas. Cúmulos de cipreses. Alfombras de césped verdísimo. Murallas de ñorbos y bouganvilles. Todo recorrido por un caprichoso diseño de canales geométricos. Mansiones de formas igualmente caprichosas surgían a ambos lados del parque. Turcas, inglesas, coloniales, suizas, españolas. En forma de castillos, chalets, pagodas, villas italianas, templos incaicos, mezquitas árabes. Todas invariablemente rodeadas de verdes cercas y enredaderas llenas de flores. Pero, nunca coincidían casas, muebles, jardines, amos y criados. Una dama de aspecto inglés —pero muy limeña— aparecía rodeada de biombos y jarrones chinos. O una señora de aspecto japonés, de muebles rústicos tiroleses. O un señor muy andaluz recibía a sus anchas en un chalet suizo. Los castillos parecían de bizcocho o carton-pâte, y algunas construcciones ultramodernas, equipadas de baterías solares, se hallaban semidesiertas, con los muebles coloniales, los cuadros, la platería, las ricas alfombras cubiertas de arena. Y la arena penetraba por doquier. Metro por metro, centímetro por centímetro, implacablemente. La arena lo invadía todo, desde los cabellos, la ropa, los alimentos, hasta la copa de los árboles y el campanil de las iglesias. Sólo la numerosa servidumbre parecía impertérrita, bajo esa lluvia incesante. Todos color bronce y ojos rasgados, sumisos y silenciosos, como sobrevivientes de una antiquísima catástrofe. Se movían lentamente, levemente, entre falsas sillas y consolas Luis XV, falsas vajillas de Sèvres, falsas copas de Baccarat y porcelana Meissen, divanes Imperio, alfombras persas, lacas y abanicos chinos. Aunque su falsedad no dependiera de una marca, un estilo o una época —todos esos objetos eran auténticos— sino de la falsedad de sus propietarios.

Sólo el canto de los pájaros y las voces de los niños inte-

rumpián los pensamientos del pescador. El murmullo de las aguas le calmaba la sed. Muy vagamente, le recordaba el ruido del mar. Pero esta agua, sin peces era, en cambio, mucho más serena, más dulce, más segura. Un agua segura para su cuerpo y para su alma. Un verdadero oasis lleno de flores, de frutas y verduras, que el mar nunca le podría dar. Pero ¡cuánta arena y cuánto polvo miserable en torno a todo eso! Le bastaría dar unos pasos y el espejismo se rompería como una esfera de cristal. José lo sabía muy bien. Mejor no perder la paciencia. Él no era como Pedro, que no creía en nada. Que habría dado fuego a todo, seguro que sólo así podría seguir viviendo. José no estaba de acuerdo.

A la distancia, en la Avenida, un luminoso torrente de automóviles se deslizaba hacia el mar. "Si tuviéramos un carro —pensó— podríamos ir al cine. Conocer otros barrios, tomar helados en la terraza de un café, debajo de una sombrilla, con mozo, propina y todo."

—Nos compraremos un carro. ¡Ya verás! —dijo en voz alta. María no le respondió. No le importaba nada de todo eso. No le importaba nada de la pesca, de la casa, de Ezequiel Martínez, del carro. Le bastaba su hijo.

—¿Nos vamos?

Se levantaron y atravesaron el parque. En el atardecer tranquilo, tras del follaje esmeralda y chorreante de arena, el sol ardía como una antiquísima fogata. Los zapatos les pesaban fuertemente. No obstante el calor intenso, María sintió frío en la espalda, y las manos y la frente le sudaban.

Un instante más y desaparecieron en un autobús polvoriento.

EL SOSTÉN SENOS

LADY CICLOTRÓN se llevó las manos a la espalda y desató el lazo del sostén, mientras miraba fijamente a los ojos a un espectador parecido a Pedro. ¿Comprendería él un día, que ella amaba sólo los niños? ¿Que su mayor alegría habría sido darle el seno a su hijo? ¿Y que nada le importaría si, como el mismo Pedro, éste le devoraba el pezón rosado, buscando quién sabe qué paraíso, qué vía desconocida a las estrellas, hacia la Vía Láctea? En su cuerpo moreno como la noche ¿qué otra cosa podría buscar un pescador como Pedro? Él la auscultaba de pies a cabeza, la enloquecía de placer con sus labios carnosos, sus ojos desesperados.

El sostén comenzó a caer lentamente, inclinándose a un lado y dejando ver, por primera vez, el seno izquierdo. Luego, el derecho, idéntico al primero. Luego, ambos a la vez, con el pezón hacia arriba, temblando de frío. Ante la boca caliente de Pedro. Los ojos brillantes de Roberto. Lady Ciclotrón ahogó un grito en la garganta. No era verdad que Pedro y Roberto estaban allí. Se engañaba, la engañaban cruelmente. La multitud no le daba tregua. Cada cabeza de hombre era un bulto de carne agujereada, con algunas protuberancias y un mechón de pelo negro. Nauseabundas criaturas provistas de largas lenguas rojas y dientes amarillos. María Magdalena se sintió más limpia que nunca. Desde lejos le llegaba un confuso aleteo de manos en la oscuridad. Algunas se perdían entre la bragueta y las nalgas vecinas, buscando ciegamente una vagina, un ano, un orificio cualquiera. Otras se refugiaban en una frenética masturbación. La bailarina percibió nítidamente el olor de la miseria, como una capa de plomo, apenas suavizada por ráfagas insolentes de perfume peruano. La soledad y la mugre —en cambio de la música y la luz— es decir, el callejón ahogaba a María Magdalena, como una cuerda al cuello.

(Desde el alba, el corredor de tristeza que ella llamaba "su casa", se llenaba de voces, ratas, llanto de niños, olores nauseabundos. El ruidoso carnaval cesaba sólo en el crepúsculo, cuando el sol caía oblicuamente sobre el lado izquierdo del callejón, a partir de la entrada, iluminando por un instante las paredes de quinchá y adobe. El resto quedaba invisible y en tinieblas, como la otra mitad de la luna. Trapos inmundos danzaban en los cordeles, movidos por el atardecer. Las cucarachas hervían bajo el grásiento caño en donde María Magdalena lavaba su pelo negro cantando un bolero o un blues de Sinatra.)

La multitud lanzó un rugido. Lady Ciclotrón acarició por última vez su pobre seno y, con un movimiento rápido, los dos fragmentos de satén violeta volaron como impulsados por un ciclón. Un racimo de manos ansiosas se apoderó de ellos, disputándose los con fuerza. Tras un instante de silencio, la muchedumbre volvió al ataque:

—¡Calata! ¡Calata! ¡Calata!

Sólo entonces María Magdalena abandonó la escena con las manos en el seno y el corazón deshecho, pero con una promesa en el alma:

¡Sería para la próxima vez! ¡Ya iban a ver ellos! ¡La próxima vez!

24 de septiembre de 1980

SIEMPRE HE TENIDO UNA instintiva aversión por los vestidos. Nacido muy cerca del mar, desde niño he corrido por las playas casi desnudo. Aprendí a nadar a los diez años —cosa que, en la época, denotaba una rara precocidad— y hasta los veintinueve, no me perdí ni un solo año de mar y de sol. Desde entonces, considero perverso todo lo que vela y oculta el cuerpo humano. Todo lo que lo disimula, lo nubla, lo aísla, lo reprime, lo mutila. El cuerpo es, para mí, desnudez. Como el lenguaje es desnudamiento. El cuerpo es un lenguaje cuya clave de lectura es el amor. El lenguaje es un cuerpo cuyo ejercicio es un acto de amor: ambos requieren de una extrema desnudez para entregarse.

Los vestidos con los que, en 1962, realicé mi *Réquiem* por Marilyn Monroe, según he anotado antes, sigue siendo para mí el equivalente plástico —táctil y visual— de la moral burguesa: la disimulación, el aderezo, el arropamiento, el falso pudor, las buenas maneras, el maquillaje, el travestimiento, la mascarada. En *El cuerpo de Giulia* —escrito un par de años antes de la manipulación de los vestidos— el travestimiento de Giulia en Giulia-no, y viceversa, es un recuento escénico y narrativo virtualmente impuesto por la platea, y por el lector, para dar mayor resalto al drama del artista en un mundo regido por el conformismo. El Gran Traje de Seda Negra —como el Traje de Satén Violeta— no es sino un esplendente, doloroso disfraz. Es también una macabra anticipación del *Réquiem*, que más tarde habría de realizar con un traje semejante, del que no conservé sino el busto (como de las camisas no conservaba sino el cuello, o de los pantalones la bragueta). En ambas ocasiones, la protagonista se suicida. En ambas ocasiones, los vestidos (que ocultan el deseado cuerpo) desaparecen en el instante final: Giulia, des-

nuda en las aguas del Gran Canal de Venecia; Marilyn, desnuda en su lecho solitario de Hollywood. El mecanismo perverso que destruye sus cuerpos es el mismo: la modelo equivoca, que posa para mediocres revistas ilustradas, no puede ser sino una prostituta; la famosa actriz, que tiempo atrás posó desnuda ¿qué otra puede ser sino una mujerzuela? Está demás imaginar lo que un traje de satén violeta podría significar en el cuerpo de una bailarina de *streep-tease*. El diafragma que separa la literatura —considerada como una de las bellas artes—, de la retórica burguesa, es el mismo que separa una noche de amor delirante, de un tranquilo matrimonio. Se trata, en este último caso, de un simple detalle formal, de una superflua ceremonia, que nada significa en la historia de la literatura, cuya verdadera esencia ha sido, y será siempre, la batalla por la conquista de un nuevo lenguaje. Como los diálogos de doña Paquita con sus amigas, como los de Roberto consigo mismo, o como los discursos del Ministro, ellos acarrearán las aciagas convenciones de una sociedad que destruye todo lo que desvía su eterna marcha hacia el poder. Pero el auténtico escritor no es solamente el que escribe los más puros y osados textos, sino sobre todo el que los vive con igual pureza y osadía. De esta manera el libro se convierte en un instrumento de combate, en un arma de amor y de muerte. Aunque sin olvidar sus necesidades lúdicas, plásticas, sonoras, musicales, su pasión cognoscitiva, y, *last but not least*, un inocente, refrescante, irreverente humorismo. Una gota de ironía. Este ambicioso proyecto —y es éste el verdadero, el único milagro de ese oscuro señor que se llama el escritor— sólo podrá obtenerse con la más preciosa y más rara de sus cualidades: la inocencia. Sin este milagro —que es la condición permanente del ser del escritor— no hay poesía, no hay amor, no hay libertad, no hay ensueño, no hay nada. Lo milagroso se nutre de sangre humana, por que nuestra sangre es un milagro. En las antiguas civilizaciones, como en las sociedades llamadas primitivas, los hombres siempre han vivido en estrecha intimidad con lo milagroso. El sacerdote, el iniciado, el chamán, el brujo, no son solamente entidades mágicas hechas carne, ciencia y expe-

riencia, sino verdaderos acumuladores de un saber inocente, que no desafía a la razón: simplemente, la ignora y la sobrepasa. Así la literatura —entendida como poesía— es una herencia mágica, cuya capacidad para transformar el mundo es inmensa. A condición de no ceder a las estériles sirenas de la realidad, del confort retórico y del éxito. Y este sacrificio no tendrá tampoco ninguna recompensa. Salvo el misterioso, irrenunciable placer de la invención y del ensueño, que, a final de cuentas, son la materia prima de toda aventura humana. Y aun si la palabra oral sobreviene (la próxima generación de microcomputadoras recibirá y transmitirá mensajes orales), si el antiguo verbo de Homero, Pitágoras, Sócrates, Buda, Jesús, vuelve a la boca del hombre, la escritura tendrá siempre el singular privilegio de una tecnología hipersensible y varias veces milenaria. El milagro encontrará, simplemente, un espacio mayor para manifestarse.

Los pescadores llegaron a la plaza en ordenado silencio. Habían decidido no gritar ni pedir nada en alta voz. Llevaban grandes letreros pintarrafeados, por cada lugar de la costa. Eran una verdadera muchedumbre. Millares y millares de trabajadores del mar reunidos en esa plaza limeña, para protestar contra el Reglamento. Mujeres e hijos acompañaban a sus maridos y a sus padres, y entre el olor a *vivanderas*, transpiración y pescado rancio, casi no se podían escuchar los acordes de la Marcha Fúnebre que acompañaban al Señor de los Milagros. Pero el Señor no estaba allí y el silencio era completo. La tarde caía velozmente y cubría de púrpura la mitad de la plaza. Ahora, todo dependía de Ezequiel. Mientras esperaba, José pudo observar los estragos producidos por la enfermedad marina. Eran raros los que, como él, conservaban un aspecto sano. Casi todos tenían la cara y el cuerpo cubiertos de manchas rojizas. Otros cojeaban, escondían una mano en el bolsillo o trataban de disimular uno de los labios, que dejaban ver las encías y los dientes cariados. Sin mencionar a los ciegos y a los tuertos, con una película blanca en la pupila. O a los que perdían el pelo por mechones y mostraban llagas vivas en el cuero cabelludo. Y así, una infinidad de mutilaciones, deformaciones, ulceraciones y otros horribles males. Y todos esos cuerpos, además, se hallaban cubiertos de miserables andrajos sin color y sin tiempo. Como simples atados de ropa sucia. Como basura humana. ¿Cómo podría Ezequiel Martínez poner remedio a todo eso? Pedro había dicho siempre que sólo un milagro los salvaría.

Mientras tanto, la tribuna seguía vacía y la multitud comenzaba a ponerse nerviosa. El sol casi se había ocultado y el olor a suciedad y pescado muerto exhalado por la ropa de los pescadores, se había hecho más fuerte. José no pudo creer a sus ojos cuando toda esa pobre ropa, hasta hacía poco completamente grisácea, se le apareció teñida de color violeta. Y cada uno de los pescadores, con mujeres e hijos, enarbolaba un pañuelo, un botón, una flor del mismo color. A

medida que el tiempo pasaba, todo ese océano violáceo parecía encrespase, como se encrespa el Océano Pacífico a la hora del crepúsculo. La muchedumbre empujaba fuertemente hacia adelante. Hacia Ezequiel.

Un vago murmullo recorrió la plaza. Alguien pronunció en alta voz el nombre de Ezequiel Martínez. Marejadas de pescadores impacientes se arremolinaban cerca del estrado. No había esquina, rellano de escalera, árbol o poste, que no albergaran un racimo de gente. Algunas mujeres encinta sufrían desmayos y sus vecinos hacían un hueco en la multitud para socorrerlas. No había ningún servicio de emergencia ni ambulancia. La policía los había circundado por completo y tenía orden de disparar al cuerpo, como en cualquier guerra. José quería saber lo que pasaba. ¿Por qué Ezequiel no aparecía todavía? Sin esperar más, a empujones, logró acercarse a la tribuna. La gente allí parecía preocupada. Preguntó a varias personas qué estaba sucediendo, sin obtener respuestas. Aferó a un muchacho por la solapa y le pidió explicaciones. “¡Han arrestado a Ezequiel!” —exclamó una mujer a su espalda, y comenzó a sollozar, junto con sus compañeras. José volteó rápidamente la cara, para no mostrar sus ojos, repletos de un sentimiento atroz, que nunca antes había conocido. ¿Cómo podría quedarse allí ahora, tranquilamente, mientras quizás torturaban a Ezequiel? Lo imaginó chorreando sangre, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos y los pies horriblemente magullados, pero sin ceder un solo palmo a sus verdugos. José hubiera querido gritar, maldecir a sus opresores, pero no le era posible. Su garganta estaba llena de una sola palabra: ¡Pedro! Era seguramente eso lo que él no había querido ver, es decir la atroz carnicería que, dentro de pocos minutos, acabaría con todos ellos. Era inevitable. Se miró las manos, con las palmas duras y los dedos nudosos, y las sintió más impotentes que nunca. Como la noche aquella en que descubrió el cadáver de Pedro en el océano. Pero esta vez no tenía ni siquiera un arma a su disposición. Ni siquiera el cuchillo corto y filudo. Pensó en María y en su hijo ¿qué sería de ellos? Un pescador le preguntó a boca de jarro qué era lo que estaba sucediendo. José lo esquivó sin responder.

Pero esa situación no podía durar. Antes o después estallaría como una bomba. La trampa había sido perfectamente estudiada. Todas las bocacalles de acceso y salida a la plaza habían sido bloqueadas por carros blindados y pelotones armados hasta los dientes. El nerviosismo revoloteaba sobre la gente como un pájaro agorero. Los niños chillaban irritados por el calor, la apretura, los pañales mojados, la diarrea. Los enfermos que no podían seguir de pie, se echaban al suelo y eran arrastrados lejos de la tribuna, a un lugar menos crítico. José buscaba a Pedro entre la gente. Lo hacía por costumbre, como cuando asistían a la procesión del Señor de los Milagros o a un partido de fútbol, y la muchedumbre los separaba. Gritaba su nombre con todas sus fuerzas y, cuando lo veía, a codazo limpio se acercaba a él, para acompañar al Señor o esperar un gol que no llegaba nunca. Para José, Pedro no había muerto. Levantó la vista al cielo. Grandes nubarrones negros lo atravesaban ahora y la arena —que tapizaba edificios y monumentos— llovía sobre la plaza, impulsada por el viento. Mientras tanto, los pescadores habían perdido la paciencia y lanzaban amenazas e insultos. Parecían decididos a todo. No se moverían de allí hasta que no vieran a Ezequiel en la tribuna. O sea que no saldrían vivos de la plaza. ¿Era acaso la primera vez que ello sucedía? De quién sabe cuántas matanzas había oído hablar. La historia de su país estaba llena de eso. Los habitantes de la sierra, desde hacía siglos, conocían las comunidades, la vida colectiva. Los indios de la selva, las tribus. Pero, ellos nada. La pesca había sido siempre una batalla solitaria contra el mar. Una sola familia basaba por generaciones y generaciones. Hermanos, sobrinos, hijos, primos, cuñados. Casi nunca amigos. La aristocracia del mar era implacable. La observación de las estrellas se transmitía de padres a hijos. La identificación de las corrientes, la previsión de los temporales, el reconocimiento del cardumen, eran asunto de familia. El cielo entero parecía hecho para ella. José recordaba muy bien cuando, chiquito todavía, su padre le enseñaba las oscilaciones de la luz, el color de la aureola solar, la posición de los luceros según el año, el mes, el día, y hasta la hora. Y cuando él, distraidamente, señalaba la apa-

rición de la Cruz del Sur o de la estrella Sirio con un ligero error, su padre, para corregirlo, se lo llevaba a alta mar y lo encargaba de guiar la embarcación. Al igual que Pedro, su padre no parecía nunca satisfecho. Era exigente y generoso hasta el exceso, pero lo que le pedía y lo que le daba era siempre lo mismo. Es decir el mar, el mar y el mar. Una suerte de irrefrenable pasión que los arrastraba sin remedio todas las noches hasta perderse en la oscuridad como pájaros ciegos. Tal fue la enseñanza que recibió. Así aprendió a moverse en ese desierto transparente que de noche palpitaba como un inmenso corazón. A medida que fue creciendo se fue acostumbrando a la soledad del océano, aún si, muchas veces, ella lo oprimía terriblemente. Por eso aceptó con alegría la proposición de Pedro para trabajar juntos.

De pronto, los altoparlantes comenzaron a vibrar y a llenarse de voces. Alguien pronunció algunas palabras incomprensibles, seguramente para probar el equipo. Por fin un pequeño grupo de personas subió a la tribuna. Ezequiel no estaba entre ellas. Un individuo vestido de oscuro, corbata y camisa blanca, se acercó al micrófono.

—¡Señores y señoras! —dijo, con voz entrecortada—. Ante todo, perdonen por el involuntario retardo. Acerca de un acuerdo estipulado entre nuestro sindicato, representado por el señor Ezequiel Martínez, y las autoridades gubernamentales, les hablaré ahora el Excmo. señor Ministro de la Pesca. Helo aquí.

Y el individuo dejó el micrófono al Ministro, aplaudiendo débilmente, apenas emulado por las demás personas del séquito. Los pescadores se habían quedado mudos. Nadie atinó a preguntar por Ezequiel. Ni protestaron ni nada. El aire violáceo, con irisaciones doradas, parecía frágil y tenso como una pompa de jabón. En cualquier momento podría estallar. El ministro dejó pasar un instante de silencio antes de comenzar.

—Señores, señoras —dijo, con voz pausada—. Antes que nada quiero decirles que vuestros problemas me tocan en lo profundo, puesto que, como buen costero, limeño y chorillano, siempre, desde niño, he amado el mar y todo lo que

con él se relaciona. ¿Cómo no comprender, entonces, las serias dificultades de los trabajadores del océano, debidas a la escasez de la fauna marina? Vuestras reclamaciones son, pues, no sólo justas y urgentes, sino sacrosantas. Aparte la crueldad y ceguera de los eventos naturales, el Gobierno reconoce sus propias fallas y de ninguna manera pretende negarlas. Pero no se trata ahora de hacer un fácil *mea culpa* y postergar la solución del problema. ¡No, señor! Estamos aquí para resolverlo. Y por eso os pido vuestra ayuda.

El Ministro se detuvo un instante. Tenía la cara congestionada, el cabello en desorden. Sorbió un trago de agua, sin perder de vista a la muchedumbre, que permanecía muda, sorprendida por el inesperado discurso. ¿Y Ezequiel? Seguramente subiría a la tribuna cuando él hubiera terminado. Pero, ¿dónde estaba, mientras tanto? José, que ya había escuchado al Ministro hacía unos meses, en su propia casa, hubiera querido decir algo, pero prefirió callarse. ¿Qué podía pedirles el Gobierno? ¿No era absurdo que les pidiera algo, cuando ellos estaban allí para reclamar, no para ofrecer? ¿Qué podían ofrecer, si se estaban muriendo de hambre, de enfermedad, de miseria? Esperó la continuación con estupor.

El Ministro se aclaró la garganta delante del micrófono.

—Señores —dijo, gravemente—, teniendo en cuenta los serios problemas por los que atraviesa la categoría, debido a la escasez de pescado, el Ministerio a mi cargo ha elaborado un enmendamiento del punto 6°, inciso a), del Reglamento de Pesquería, por el cual, a partir del próximo mes de enero, las empresas privadas, en todo el territorio nacional, deberán estipular un aumento del 20% a toda la mercancía proveniente de la actividad pesquera...

El Ministro se vio obligado a detenerse. Un murmullo de aprobación recorrió la plaza. El individuo de traje oscuro levantó los brazos, invitando al silencio. El Ministro prosiguió.

—Me alegro que esta noticia los reconforte. Pero, no es todo. El Gobierno considera, después de largos y cuidadosos estudios científicos sobre las condiciones de vida de la fauna marina en nuestro litoral, que ella no ofrecerá, en el próximo futuro, ninguna de las ventajas indispensables para poder in-

vestir capitales importantes. Por esta razón, el Ministerio a mi cargo está elaborando un proyecto de ley para dotar la región amazónica de los equipos y estructuras socioeconómicos necesarios para una conveniente explotación de su fauna fluvial. Como ustedes saben, nuestro Amazonas no sólo es el río más ancho y caudaloso del mundo, sino que, lógicamente, posee la fauna acuática más rica del planeta. Fauna que, hasta la fecha, no ha sido explotada, pues los indígenas —hoy diezmados por las enfermedades tropicales— siendo más bien cazadores, apenas han tocado tan ingente patrimonio. Pues bien, señores míos, ¿quiénes mejor que ustedes para realizar semejante, hermosa y provechosa tarea? Sabemos muy bien las diferencias existentes entre la pesca marina y la pesca fluvial. Nos damos perfectamente cuenta que será necesario un periodo de adaptación de parte vuestra. Pero es solamente esto lo que el Gobierno les pide: un pequeño sacrificio, en aras del mejoramiento de vuestras propias condiciones de vida, del porvenir de vuestros hijos y, sobre todo, del progreso de nuestra patria. Es mi más sincero deseo que este proyecto de ley, que —apenas aprobado por el Congreso y salvo pequeñas variaciones— deberá entrar en vigor seis meses después de dicha aprobación, sea de vuestro agrado y merezca la acogida que científicos, expertos y demás autoridades en la materia le han demostrado sin reservas. Señores y señoras, es todo lo que tengo que decirles. Espero no haber defraudado vuestras expectativas. ¡Muchas gracias!

El Ministro levantó la mano derecha, como en un saludo, disponiéndose a abandonar el estrado, con una ligera sonrisa a flor de labios. De inmediato, la muchedumbre estalló en un bullicioso alborozo. Las mujeres casi lloraban de la emoción y lanzaban vivas al Ministro. Los hombres hacían aca-lorados comentarios en alta voz. A su alrededor, la gente sonreía por primera vez. José nunca la había visto tan contenta. Los niños jugaban entre las polleras de sus madres y se les veía felices, como contagiados por la atmósfera general. Nadie atinaba a moverse de allí, a abandonar la plaza, que ahora se había convertido en una fiesta. ¿No era éste el tan ansiado milagro? Y en lugar del Señor de los Milagros y de

Ezequiel Martínez ¿no era el Ministro el verdadero señor de los milagros? Sin embargo, José no hacía caso a los pescadores que se acercaban a él y lo abrazaban, como si de pronto todos se hubieran sacado la lotería. Sólo de Pedro habría podido confiarse ahora. Sólo él sabía la verdad. Pero, Pedro no estaba allí.

La multitud comenzó a moverse desordenadamente hacia las bocacalles de salida. La policía se había dispersado y ahora la vía estaba libre para ingresar o salir de la plaza. Pero José no tenía ganas de irse. Sentía el corazón oprimido por una nueva angustia. ¿Cómo haría para separarse del mar? ¿Y cómo harían los demás? ¿Se daban cuenta de lo que eso significaba? ¿Habían comprendido que, de la noche a la mañana, no se podía abandonar una cantidad de cosas, sentimientos, costumbres, sabores, luces, colores, y todo lo que el océano y sólo el océano sabía darles? ¿Por qué el Ministro no había dicho nada de la enfermedad marina? ¿Por qué trataban siempre de ocultar su existencia, en lugar de debelarla? Todo eso era extraño. No lo convenía en absoluto. ¿Y Ezequiel Martínez? ¿Por qué los pescadores ni siquiera habían preguntado por él? ¿Y él mismo, acaso había levantado la voz, reclamando su presencia? Todo había sido tan rápido. No les había dado tiempo para nada. Lo mismo les sucedió cuando visitaron al Ministro en su casa, y todo se quedó en una promesa y nada más. Pero ¿no se equivocaba también ahora? ¿No se acababa de equivocar cuando vislumbró una matanza, mientras que, en realidad, nada había sucedido?

La plaza se había casi vaciado. Los pescadores se alejaban por grupos numerosos, con los carteles enrollados, y se les veía tranquilos. Los carros blindados encendían el motor y se alejaban repletos de policías, que ahora se habían convertido, nuevamente, en simples muchachos del pueblo, con el cuerpo de atleta y la cara bonachona. José creyó despertarse de una pesadilla. ¿No habría sido todo pura imaginación suya? La influencia de Pedro, así como la depresión causada por su muerte ¿no lo habían llevado demasiado lejos? ¿Por qué, entonces, los demás pescadores habían reaccionado con sano entusiasmo? ¿No era lógico que el Gobierno, para su

propia protección y bienestar, los trasladara a una zona donde pudieran comenzar de nuevo? No tenían nada que perder. Esto era cierto. Y seguirían pescando, además. ¿Qué más querían? Instintivamente, miró hacia arriba. El color violeta había desaparecido del cielo, de los edificios, del vestido de los pescadores. Todo parecía gris nuevamente. Informe. Descolorido. Como después de una mascarada. De un ruidoso carnaval. Los vivaces comentarios del primer momento se iban extinguiendo. Los pescadores procedían, siempre por grupos y corrillos, por las callejuelas adyacentes a la plaza, que ahora aparecía desierta, llena de papeles, botellas rotas, excrementos, arena. La abundante orina de los viejos y los niños mojaba la calzada, como después de un incendio, y la pestilencia subía al cielo, definitivamente nublado y oscuro. Así, mientras los pescadores regresaban a sus casas, con la cabeza baja, el corazón oprimido, las ropas hediondas y raídas como siempre, la plaza se fue llenando de nuevos ruidos, cascabeles, tambores y guinaldas de papel. Niños mugrientos y curiosos observaban una esquina, por donde la música acudía a chorros siempre mayores. Por fin los payasos y los saltimbanquis irrumpieron bulliciosamente, dando volatines, gritando y saludando al público, con gestos teatrales. Un individuo de levita se paró en el centro de la plaza y profirió una suerte de anuncio en alta voz. José lo observó pacientemente un minuto, luego se dio media vuelta y se alejó de la plaza, como si no hubiera visto ni escuchado nada.

8 de octubre de 1980

ESTA MAÑANA —UNA RADIANTE mañana mediterránea, frente a los olivos plateados, a las suaves colinas, a los verdes chopos que se asoman por mi ventana— la costa del Perú me parece irremediablemente árida y distante. No tengo ganas de leer lo que escribí hace tanto tiempo. No quiero turbar la armonía de este momento, en esta isla serena en donde la tragedia de los pescadores peruanos, terriblemente alejada por la geografía y la ficción, no significa nada. La procesión religiosa del pueblo procede todos los años —a diferencia de la limeña— entre la indulgente sonrisa de los jóvenes y la devoción de los ancianos. Cada verano, desde la siega del trigo —que tiene lugar el mes de julio— hasta la vendimia y la cosecha de aceitunas, transcurre un tiempo dulce, frutal, apenas marcado por los ritos caseros, por la mesa succulenta, las libaciones de buen vino, los matrimonios, los nacimientos, una que otra reyerta, uno que otro funeral. Casi todos los campesinos poseen un pedazo de tierra, más o menos conspícuo. Los ancianos se visten de negro con camisa blanca los domingos y van a misa, se sientan en la placita del pueblo y observan a los jóvenes de trajes sucintos y multicolores. Nada los perturba ni altera su vieja dignidad. Sus botines de cuero tienen raíces gruesas y profundas. El trabajo de la tierra confiere estabilidad y fundamento. Es lo opuesto al trabajo del mar, a sus crueles fluctuaciones, a sus caprichos, a sus sublimes marejadas.

Pero, el mar al que aludo ahora no es el Mediterráneo. Se trata, por cierto, del Océano Pacífico. Mi pensamiento del mar es inseparable de él. Y aunque mi cuerpo, mis sentidos, mis largos años pasados en la isla, me impidan alejarme de este espejo esmeralda, rodeado de arena blanca y grandes porfidos rosados, el Pacífico resurge siempre, como resurgen

del fondo de mi ser tantas otras imágenes. ¿Promiscuidad entre lo real y lo imaginario? Quién sabe. Por ejemplo: ¡qué cruel descubrimiento, pero qué alivio a la vez, encontrarse a sí mismo, aunque sea bajo la máscara de una desventurada bailarina o un pintor fracasado.¹ Pues, si el strip-tease verbal que yo traté de realizar hace veinte años, valiéndome de Lady Cíclotron, se revela hoy una impostura, el texto contiene algunas ineludibles verdades: ¿la distancia entre esta arcadia mediterránea y los arenales peruanos es inmensa? El libro muestra esa distancia. ¿El tiempo no ha transcurrido en vano? El libro muestra sus arrugas. El exilio es un potente analgésico, pero, sobre todo, un insondable telescopio de la conciencia.

¹ Aunque no es absolutamente indispensable leer estas notas, ellas tienen para mí una función de sostén, que apuntala el texto, empujándolo en mostrar las miserias de una sociedad y una ciudad declinantes. A tanto tiempo de distancia —como lo constato ahora— lo único que me ha sido dado mostrar es mi propia soledad y mi impotencia ante la tragedia (fácilmente legible en la superposición verbal, como en un doloroso palimpsesto). Aun si, repito, mi verdadera tentativa no fue la escritura de una novela, sino la composición de una suerte de espectáculo escrito, que más tarde habría de realizarse bajo forma de *performances*, en galerías y museos de Europa y América. En espera de un nuevo día, de un milagroso Ave Fénix que rescate de sus cenizas a la exangüe Lima, ninguna columna sonora más indicada que la nostálgica melodía de Cole Porter, cantada por Frank Sinatra, puesto que ella fue —antes que Schoenberg, Bach o Charlie Parker— la columna sonora de mi adolescencia.